



griegos Belesis, estableció el reino de Babilonia, donde es conocido por el nombre de Nabonasar. De allí proviene la era de Nabonasar, célebre para Ptolomeo y los astrónomos antiguos, que computaban los años por el reinado de este príncipe. Es conveniente advertir aquí, que esta palabra *era* significa una numeración de años, comenzada en cierto punto que algun gran acaecimiento ha hecho señalado. Por estos tiempos, Achaz, rey de Judá, impío y malvado, apretado de Razin, rey de Siria, y de Phacées, hijo de Romeliás, rey de Israel, en vez de recurrir á Dios, que le suscitaba estos enemigos para castigarle, llamó Theglathphalasar, primer rey de Asiria ó de Nínive, que redujo al extremo el reino de Israel y destruyó enteramente el de Siria, pero taló al mismo tiempo el de Judá que había implorado su asistencia. De esta manera los reyes de Asiria se abrieron el camino de la Tierra Santa, y resolvieron su conquista. Empezaron por el reino de Israel, que Salmanasar, hijo y sucesor de Theglathphalasar, destruyó enteramente. Oseas, rey de Israel, se había fiado en el socorro de Sabacon, ó por otro nombre Sua, ó Sous, rey de Ethiopia, que había invadido el Egipto; pero no pudo este poderoso conquistador librarle de las manos de Salmanasar. Las diez tribus en que el culto de Dios se había extinguido, fueron trasportadas á Nínive y esparcidas entre los gentiles, de tal modo se perdieron, que jamás ha podido descubrirse ningun vestigio suyo. Algunos que quedaron de ellas, fueron mezclados entre los judíos, y compusieron una pequeña parte del reino de Judá. En este tiempo sucedió la muerte de Rómulo, habiendo vivido siempre en guerra y siempre victorioso; pero en medio de las guerras puso los fundamentos de la religion y de las leyes. Una larga paz dió medio á Numa, su sucesor, para perfeccionar la obra. Formó la religion y suavizó las costumbres feroces del pueblo romano. En su tiempo, las colonias venidas de Corinto y de otras ciudades de Grecia, fundaron á Siracusa en Sicilia, y á Croton, Tarento, y puede ser que otras ciudades en aquella parte de Italia, á que muchas colonias griegas antiguas, esparcidas por todo el país, habían ya dado el nombre de la gran-

de Grecia. Entre tanto, Ezequías, el más piadoso y justo de todos los reyes después de David, reinaba en Judea. Sitióle en Jerusalem Sennacherib, hijo y sucesor de Salmanasar, con un inmenso ejército, que pereció una noche á manos de un ángel. Libre Ezequías de un modo tan maravilloso, sirvió á Dios con todo su pueblo más fielmente que antes. Pero después de la muerte de este príncipe y de su hijo Manasés, aquel pueblo ingrato olvidó á Dios y se multiplicaron sus desórdenes. Formábase entonces el estado popular entre los atenienses, los cuales comenzaron á elegir anuales sus Archontes, y Créon fué el primero. Entre tanto que la impiedad se aumentaba en el reino de Judea, el poder de los reyes de Asiria, que debían ser instrumentos de la venganza divina, creció debajo del dominio de Asaraddon, hijo de Sennacherib, el cual reunió el reino de Babilonia con el de Nínive, y elevó su imperio en el Asia Mayor á la misma grandeza que tuvieron los primeros asirios. Bajo su reinado, los cuthenos, pueblos de Asiria, llamados después samaritanos, fueron enviados á habitar en Samaria. Juntaron estos el culto de Dios con el de los ídolos, y obtuvieron de Asaraddon un sacerdote israelita, que les enseñase á servir al Dios del país; esto es, las observancias de la ley de Moisés; que no quiso Dios que su nombre quedase enteramente olvidado en una tierra que había dado á su pueblo, y así dejó allí su ley en testimonio. Pero su sacerdote solamente les dió los libros de Moisés, que las diez tribus rebeldas habían retenido en su cisma; porque las Escrituras, compuestas después por los profetas, que sacrificaban en el templo, eran entre ellos detestadas, por lo cual, aun el día de hoy, sólo admiten los samaritanos el *Pentateuco*.

En tanto que Asaraddon y los asirios se restablecían tan poderosamente en el Asia Mayor, comenzaban también los medos á hacerse respetables. Dejoces, su primer rey, nombrado en la Escritura Arfaxad, fundó la soberbia ciudad de Ecbatanes, y puso los fundamentos de un gran imperio. Habíanle elevado al trono para coronar sus virtudes y poner fin á los desórdenes que causaba entre aquellos la anarquía; y



governados por tan gran rey, se mantenían contra sus vecinos, mas sin extenderse. Roma también crecía, pero débilmente. Bajo de Tullo Hostilio, su tercer rey; y por el famoso combate de los Horacios y Curacios, fué Alba vencida y arruinada, y sus ciudadanos, incorporados á la ciudad victoriosa, la engrandecieron y fortificaron. Rómulo había sido el primero que practicó este medio de aumentarla, recibiendo en ella los sabinos y otros pueblos vencidos, que olvidándose de su desgracia, se hacían afectuosos vasallos. Al paso que Roma se extendía con sus conquistas, arreglaba su milicia; y en tiempo de Tullo Hostilio comenzó á aprender aquella admirable disciplina que después la hizo señora del Universo. El reino de Egipto, debilitado por sus largas divisiones, se restablecía bajo de Psammetico. Este príncipe, que debía su salud á los Jonios y Carios, los estableció en el Egipto, cerrado hasta entonces á los extranjeros. Con esta ocasion, entraron los egipcios en comercio con los griegos, y desde este tiempo la historia de Egipto, mezclada hasta entonces con pomposas fábulas por el artificio de los sacerdotes, empieza también, segun Herodoto, á tener certidumbre. Entre tanto, los reyes de Asiria se hacían más y más formidables en el Oriente. Saorduchin, hijo de Asaraddon, llamado Nabucodonosor en el libro de Judit, deshizo en formal batalla á Arfaxad, rey de los medos. Desvanecido de este suceso, emprendió la conquista de todo el mundo, y con este designio pasó el Eufrates y todo lo taló hasta la Judea. Habían los judíos irritado á Dios y abandonándose, á ejemplo de Manasés, á la idolatría; pero habiendo después hecho penitencia, juntamente con su príncipe, Dios los recibió bajo su proteccion, y las conquistas de Nabucodonosor y de Holofernes quedaron de repente detenidas de mano de una mujer. Dejoces, aunque derrotado por los asirios, dejó su reino capaz de que lo engrandeciesen sus sucesores. En tanto que Faortes, su hijo, y Ciaxares, su nieto, sujetaban la Persia y adelantaban sus conquistas en el Asia Menor hasta las riberas del Albis, vió pasar la Judea el reinado detestable de Amon, hijo de Manasés; y Josias, hijo de Amon, sábio desde su infan-

cia, trabajaba en reparar los desórdenes causados de la impiedad de los reyes, sus predecesores. Roma, que tenía por rey á Anco Marcio, sujetaba bajo de su conducta algunos latinos, y continuando en hacerse ciudadanos de sus enemigos, los encerraba dentro de sus murallas. Anco Marcio adelantó sus conquistas hasta el mar vecino, y fabricó la ciudad de Hostia en la embocadura del Tíber. Fué en este tiempo invadido el reino de Babilonia por Nabopolasar. Este traidor, á quien Cinaladan, Sarac por otro nombre, había hecho general de sus ejércitos contra Ciases, rey de los medos, se juntó con Astiages, hijo de Ciaxares, prendió á Cinaladan en Nínive, destruyó esta gran ciudad, señora por tan largo tiempo del Oriente, y se sentó en el trono de su señor. Ensoberbecióse Babilonia debajo de un príncipe tan ambicioso. Todo debía infundir temor á la Judea, cuya impiedad crecía sin medida. El santo rey Josias, con su profunda humildad, suspendió por algun tiempo el castigo que había su pueblo merecido, pero fué más grave en el reinado de sus hijos. Nabucodonosor II, más terrible que Nabopolasar su padre, fué su sucesor. Este príncipe, altivamente criado, y siempre ejercitado en la guerra, hizo prodigiosas conquistas, y Babilonia amenazaba con la esclavitud á todo el mundo. Bien presto tuvieron efecto sus amenazas en el pueblo de Dios. Jerusalem fué abandonada á este soberbio vencedor, que la ocupó tres veces: la primera, al principio de su reinado y al cuarto año del de Joakin; desde donde empiezan los setenta años del cautiverio de Babilonia notados por el profeta Jeremías; la segunda, debajo de Jechonias, ó Jochin, hijo de Joakin; y la última, debajo de Sedecias, en que fué la ciudad enteramente destruida, el templo reducido á cenizas y el rey llevado cautivo á Babilonia con Saraja, sumo pontífice, y la mejor parte del pueblo. Los más ilustres de estos cautivos fueron los profetas Ezequiel y Daniel. También se cuentan entre ellos los tres mancebos que Nabucodonosor no pudo obligar á que adorasen su estatua ni consumirlos con las llamas. Grecia por entonces estaba floreciente, y sus siete sábios se hacían ilustres. Algun tiempo antes de la última desolacion



de Jerusalem, Solon, uno de ellos, daba leyes á los atenienses y establecía la libertad en la justicia. Los focenos de Jonia conducían su primera colonia á Marsella. Tarquino Prisco, rey de Roma, despues de haber sujetado una parte de la Toscana y adornado la ciudad con obras magníficas, terminó su reinado. En su tiempo, los galos, conducidos por Belloveso, ocuparon en Italia todos los contornos del Po, en tanto que Segoveso, su hermano, penetró en lo interior de la Germania con otra copiosa multitud de la misma nacion. Servio Tullio, sucesor de Tarquino, estableció el censo, ó la enumeracion de los ciudadanos, distribuidos en ciertas clases, por donde esta gran ciudad quedó reglada como una familia particular. Nabucodonosor hermoseaba á Babilonia, enriquecida ya con los despojos de Jerusalem y del Oriente; pero no gozó de ellos largo tiempo, pues este mismo rey, que la habia adornado, vió al morir la próxima ruina de esta ciudad soberbia. Su hijo Evilmerodaco, á quien hacían odioso sus desórdenes, no duró mucho, y fué muerto por Neriglisor, su cuñado, que usurpó el reino. Tambien Pisistrato usurpó en Atenas la autoridad suprema; que entre muchas alteraciones supo conservar por espacio de treinta años, y pudo asimismo dejarla á sus hijos. Habiéndose hecho insufrible á Neglisor el poder de los medos, que se engrandecían en Oriente, les declaró la guerra. En tanto que Astiages, hijo de Ciaxares I, se prevenía para la defensa, murió, dejando este cuidado á Ciaxares II, su hijo, llamado por Daniel, Darío el Medo. Nombró este por general de su ejército á Ciro, hijo de Mandane, su hermana, y de Cambises, rey de Persia, sujeta al imperio de los medos. La reputacion de Ciro, que se habia señalado en diversas guerras en tiempo de Astiages, su abuelo, unió la mayor parte de los reyes de Oriente bajo de los estandartes de Ciaxares. Hizo prisionero en su córte á Cresos, rey de Lidia, y gozó de sus inmensas riquezas; domó los demás aliados de los reyes de Babilonia, y extendió su dominio, no sólo por toda la Siria, sino aun bien adelante del Asia Menor. Marchó finalmente contra Babilonia, tomola, y la sujetó á Ciaxares, su tio, que movido no ménos de

su fidelidad, le dió su hija única y heredera en matrimonio. En el reinado de Ciaxares, Daniel, ya favorecido en los precedentes de muchas visiones celestiales, en que vió pasar delante de sí, en figuras tan manifiestas, tantos reyes y tantos imperios, supo por una nueva revelacion aquellas famosas setenta semanas en que los tiempos de Cristo y el destino del pueblo judáico están explicados. Eran estas semanas de años, y así contenían 490, y tambien era ordinario este modo de contar entre los hebreos, que honraban el sétimo año, como el sétimo día, con un religioso descanso. Algun tiempo despues de esta vision murió Ciaxares, y tambien Cambises, padre de Ciro, con lo cual este grande hombre, que les sucedió, juntó el reino de Persia, oscuro hasta entonces, al reino de los medos, tan grandemente aumentado con sus conquistas. Así quedó dueño pacífico de todo el Oriente, y fundó el mayor imperio que habia habido en el mundo. Pero lo más digno de nota, para la continuacion de nuestras épocas, es que este famoso conquistador, desde el primer año de su reinado, expidió un decreto para restablecer el templo de Dios en Jerusalem y los judíos en Judea.

Es necesario detenernos un poco en esta parte, que es la más confusa de la cronología antigua, por la dificultad de conciliar la historia profana con la sagrada. Se habrá sin duda observado ya que lo que refiero de Ciro es muy distinto de lo que se ha leído en Justino, el cual no hace mencion del segundo reino de los asirios, ni de aquellos famosos reyes de Asiria y de Babilonia, tan célebres en la historia sagrada; y que, en fin, mi relacion no conviene mucho con lo que nos cuenta este autor de las tres primeras monarquías: de la de los asirios, fenecida en Sardanápalo; de la de los medos, terminada en Astiages, abuelo de Ciro; y de la de los persas, comenzada por Ciro y destruida por Alejandro.

Tambien podrá juntarse con Justino á Diodoro y la mayor parte de los autores griegos y latinos, cuyos escritos nos han quedado, los cuales refieren estas historias de diverso modo del que he seguido.

Por lo que mira á Ciro, en nada son con-



cordes sobre su historia los autores profanos; y así, he creído deber antes seguir á Jenofonte con San Jerónimo, que á Ctesias, autor fabuloso, á quien han copiado la mayor parte de los griegos, como á estos Justino y los latinos, y tambien antes que á Herodoto, aunque sea muy juicioso. Lo que me ha determinado á esta eleccion, es que la historia de Jenofonte, más seguida y más verosímil en sí misma, tiene la ventaja de conformarse más con la Escritura, la cual, por su antigüedad y por la relacion de los sucesos de los judíos á los del Oriente, mereceria ser preferida á todas las historias griegas, aun cuando no se supiese estar dictada por el Espíritu Santo.

En cuanto á las tres primeras monarquías, lo que han escrito la mayor parte de los griegos ha parecido dudoso á los más sábios de la Grecia. Platon hace ver en general, bajo el nombre de los sacerdotes de Egipto, que estaban los griegos en una profunda ignorancia de las antigüedades; y Aristóteles ha puesto entre los que cuentan fábulas los que han escrito las asiriacas.

Esto es que los griegos escribieron tarde, y queriendo divertir á la Grecia, siempre curiosa, con historias antiguas, las formaron de memorias confusas, contentándose con ponerlas en un órden agradable, sin cuidarse mucho de la verdad. Y ciertamente, el modo con que comunmente se colocan las tres primeras monarquías, es visiblemente fabuloso. Porque despues que se ha hecho fenecer en Sardanápalo el imperio de los asirios, se hace aparecer sobre el teatro á los medos, y despues á los persas, como si los medos hubiesen sucedido en todo el poder de los asirios, y los persas se hubiesen establecido arruinando á los medos.

Siendo, al contrario, cierto que cuando Arbaces sublevó los medos contra Sardanápalo, no hizo sino libertarlos, mas no los sujetó al imperio de Asiria. Herodoto, seguido en esto de los más hábiles cronologistas, hace ver su primer rey Dejoces cincuenta años despues de su rebelion; y es fuera de esto constante, por testimonio uniforme de este gran hombre y de Jenofonte (omitiendo otros), que durante el

tiempo que se atribuye al imperio de los medos, habia en Asiria reyes muy poderosos y temidos de todo el Oriente, cuyo imperio abatió Ciro con la toma de Babilonia.

Si la mayor parte, pues, de los griegos y de los latinos que los han seguido no hablan de estos reyes de Babilonia; si no dan lugar alguno á este gran reino entre las primeras monarquías, cuya continuacion refieren; en fin, si casi nada vemos en sus obras de aquellos famosos reyes Teglatphalasar, Salmanasar, Sennacherib, Nabucodonosor y tantos otros, tan nombrados en la Escritura y en las historias orientales, es necesario atribuirlo, ó á la ignorancia de los griegos, más elocuentes en referir que diligentes en investigar, ó á que se ha perdido lo más inquirido y más exacto que habria en sus historias.

En efecto: Herodoto habia prometido una historia particular de los asirios, que no ha llegado á nuestros tiempos, ó porque se ha perdido, ó porque le faltó la comodidad de escribirla; y se puede creer de un historiador tan juicioso que no se hubiera olvidado de los reyes del segundo imperio de los asirios, y pues que Sennacherib, que era uno de ellos, se halla tambien nombrado como rey de los asirios y de los árabes en los libros que hay de este gran autor. Strabon, que vivia en tiempo de Augusto, refiere lo que Megastanes, autor antiguo y vecino á los de Alejandro, dejó escrito sobre las famosas conquistas de Nabucodonosor, rey de los caldeos, á quien hace atravesar la Europa, penetrar la España y llevar sus armas hasta las Columnas de Hércules. Eliano nombra á Thigalmó, rey de Asiria, que es sin dificultad el Tiglath ó Teglat de la historia sagrada; y tenemos en Ptolomeo una enumeracion de los príncipes que han poseido los grandes imperios, entre los cuales se ve una larga serie de reyes de Asiria, que fácilmente concuerda con la historia sagrada.

Si yo quisiese referir lo que nos dicen los anales de los sirios, un Beroso, un Abideno, un Nicolás de Damasco, haria muy largo discurso. Josefo y Eusebio de Cesárea nos han conservado los preciosos fragmentos de todos estos autores y de otros infinitos, que se hallaban en-



teros en sus tiempos, cuyo testimonio confirma lo que nos dice la Sagrada Escritura tocante á las antigüedades orientales, y en especial á las historias siriacas.

Por lo que mira á la monarquía de los medos, á la que la mayor parte de los historiadores profanos pone la segunda en la enumeración de los grandes imperios, como separada de la de los persas, es cierto que la Escritura siempre las une; y se ve que, aun sin la autoridad de los libros sagrados, el orden sólo de los hechos manifiesta que es necesario atenerse á esto.

Los medos, aunque poderosos antes de Ciro y respetados, estaban oscurecidos de la grandeza de los reyes de Babilonia; pero habiendo Ciro conquistado este reino con las fuerzas reunidas de los persas y los medos, de quienes despues se hizo señor por una sucesion legitima, como lo hemos notado en Jenofonte. Parece que el gran imperio de que fué fundador debió tomar su nombre de las dos naciones; de modo que el de medos y el de persas es una misma cosa, aunque la gloria de Ciro ha hecho prevalecer el de los persas.

Tambien se puede pensar que habiendo los reyes medos extendido sus conquistas antes de la guerra de Babilonia hácia las colonias griegas del Asia Menor, han sido por este medio célebres entre los griegos, los cuales les han atribuido el imperio del Asia Mayor, por ser los únicos que conocian de los reyes de Oriente; y al mismo tiempo, los reyes de Ninive y de Babilonia, más poderosos y más desconocidos á la Grecia, han sido casi olvidados en todo lo que nos ha quedado de historias griegas, y se ha dado á los medos solos todo el tiempo que corrió desde Sardanápalo hasta Ciro.

Así, no es ya necesario fatigarse mucho en conciliar la historia profana con la sagrada en este punto, porque en lo que mira al primer reino de los asirios, solamente de paso dice la Escritura una palabra, y no nombra á Nino, fundador de aquel imperio, ni, excepto Phul, á otro de sus sucesores, por no tener su historia conexión alguna con la del pueblo de Dios. Los segundos asirios, ó fueron enteramente ignorados de los griegos, ó por no haberlos bien

conocido, los confundieron con los primeros.

A cualquiera oposicion, pues, que se hiciera con los autores griegos, que colocan á su arbitrio la tres primeras monarquías, y hacen suceder los medos al antiguo imperio de Asiria, sin hablar del nuevo, que la Escritura hace ver tan poderoso, sólo deberá responderse, que han ignorado enteramente esta parte de historia, y que no ménos se oponen á otros más curiosos y mejor instruidos autores de su nacion que á la Escritura.

Y por cortar en una palabra toda la dificultad, cuando los historiadores sagrados no tuviesen otra ventaja sobre los griegos y latinos que vivieron despues, que haber sido más vecinos por los tiempos y por los lugares á los reinos de Oriente, y escrito á más de esto la historia de un pueblo cuyos sucesos se hallan tan enlazados con los de aquellos grandes imperios, podrian hacer callar á todos.

Pero si, no obstante, se defendiere con obstinacion este orden célebre de las tres primeras monarquías, y por conservar á los medos solos el segundo lugar que se les ha dado, se quisiere que sean sus súbditos los reyes de Babilonia, confesando en cualquier caso que despues de cien años de sujecion se eximieron estos con una rebelion del vasallaje, se salva de todos modos la continuacion de la historia sagrada; pero no concuerda mucho con los mejores historiadores profanos; á quienes favorece más, en que siempre une el imperio de los medos con el de los persas.

Aun falta por descubrir una de las causas de la oscuridad de las historias antiguas; esta es que, como los reyes de Oriente tomaban muchos nombres, ó bien muchos títulos, que con el tiempo les servian de nombres propios, y los pueblos los traducian ó pronunciaban diversamente, segun la variedad de los idiomas de cada lengua, ha sido preciso que unas historias de tanta antigüedad, y de que tan pocas buenas memorias han quedado, se hallen por eso muy oscurecidas. La confusion de los nombres habrá sin duda introducido mucha en las mismas cosas y en las personas, y de ahí nace la dificultad que hay en colocar en la historia griega los reyes que han tenido el nombre de



Assuero, tan desconocido de los griegos como conocido de los orientales.

¿Quién creeria en efecto que Ciaxares fuese el mismo nombre que Assuero, compuesto de la palabra *Ki*, que significa señor, y de la dición *Axares*, que manifestamente concuerda con Axuero ó Assuero? Tres ó cuatro príncipes llevaron este nombre, aunque tuviesen tambien otros. Si no se supiese que Nabucodonosor, Nabucodrosor y Nabocolassar son el mismo nombre, ó el nombre de la misma persona, habria dificultad en creerlo, y no obstante, es cosa cierta. Sargon es Sennacherib; Ozias es Azarias; Sedecias es Mathanias; Joachas tambien se llamaba Sellum; Asaraddon, que se pronuncia indiferentemente Esar-Haddon, ó Asothaddan, está nombrado Asenafat por los cutenos; y por una extravagancia, cuyo origen se ignora, se halla Sardanápalo nombrado por los griegos Tonos Concoleros. Podria enumerar una larga lista de orientales que han tenido en las historias muchos nombres diversos; pero basta quedar instruido en lo general de esta costumbre, la cual no es desconocida de los latinos, entre los cuales, los títulos y las adopciones multiplicaron los nombres en tantas maneras. Así, el título de Augusto y el de Africano se hicieron nombres propios de César Octaviano y de los Scipiones, y así, los Nerones fueron Césares; esto es indubitable, y seria inútil examen más largo de un hecho constante.

Doscientos diez y ocho años despues de la fundacion de Roma, 536 antes de Jesucristo, 70 despues del cautiverio de Babilonia, y el mismo año que fundó Ciro el imperio de los persas, fué cuando este príncipe, escogido de Dios para ser libertador de su pueblo y restaurador de su templo, puso la mano en esta gran obra. Luego que se publicó su orden, Zorobabel, acompañado de Jesús, hijo de Josedec, sumo pontífice, restituyó los cautivos á su patria, los cuales reedificaron el altar y pusieron los fundamentos del segundo templo. Celosos los samaritanos de su gloria, quisieron tener parte en ella, y bajo el pretexto que adoraban al Dios de Israel, aunque juntasen su culto con el de sus falsos dioses, rogaron á Zorobabel que les permitiese concurrir con él á la reedificacion

del templo de Dios; pero los hijos de Judá, que detestaban la mezcla de su culto, desecharon su proposicion, y los samaritanos, irritados, impidieron su intento con todo género de artificios y violencias. Hácia este tiempo, Servio Tullio, despues de haber engrandecido la ciudad de Roma, formó el designio de erigirla en república; pero murió en lo mejor de estos pensamientos por los consejos de su hija y de órden de Tarquino el *Soberbio*, su yerno; y este tirano invadió el reino, donde ejerció por largo tiempo todo género de violencias. Iba entre tanto creciendo el imperio de los persas, y á más de las inmensas provincias del Asia Mayor, todo el dilatado continente de la Menor le obedecia; los sirios y los árabes fueron sujetos; el Egipto, aunque tan celoso de sus propias leyes, recibió las suyas. Fué hecha esta conquista por Cambises, hijo de Ciro. No sobrevivió mucho este hombre brutal á su hermano Smerdis, á quien hizo matar en secreto por un sueño dudoso. El mago Smerdis reinó algun tiempo bajo el nombre de Smerdis, hermano de Cambises, pero bien presto fué descubierto su engaño. Conjuráronse contra él los siete principales señores, y uno de ellos fué elevado al trono. Este fué Darío, hijo de Histape, que se llamaba en sus inscripciones el mejor y más bien formado de todos los hombres. Muchas señales persuaden que fuese el Assuero del libro de Esther, pero no se ha convenido en ello. Al principio de su reinado fué acabado el templo, despues de diversas interrupciones, causadas por los samaritanos. Un odio implacable se introdujo entre los dos pueblos, y no hubo cosa más opuesta que Jerusalem y Samaria. En tiempo de este Darío comienzan la libertad de Roma y de Atenas, y la gran gloria de Grecia. Armodio y Aristogiton, atenienses, libertan su país de Hipparco, hijo de Pisistrato, y son muertos por sus guardias. Hippias, hermano de Hipparco, procura inútilmente mantenerse; es expelido, y queda enteramente extinguida la tiranía de los Pisistratos. Libres los atenienses, levantan estatuas á sus conquistadores y restablecen el estado popular. Hippias se echa en los brazos de Darío, á quien halla ya dispuesto á emprender la conquista de la Gre-